



International
Institute of
Social Studies

Ezafun



EL FUTURO DE LA ALIMENTACIÓN Y RETOS DE LA AGRICULTURA PARA EL SIGLO XXI:

Debates sobre quién, cómo y con qué implicaciones sociales, económicas y ecológicas alimentará el mundo.

THE FUTURE OF FOOD AND CHALLENGES FOR AGRICULTURE IN THE 21st CENTURY:

Debates about who, how and with what social, economic and ecological implications we will feed the world.

ELIKADURAREN ETORKIZUNA ETA NEKAZARITZAREN ERRONKAK XXI. MENDERAKO:

Mundua nork, nola eta zer-nolako inplikazio sozial, ekonomiko eta ekologikorekin elikatuko duen izango da eztabaidagaia

Iniciativas Agroecológicas a debate: ¿Gentrificación o Economía Alternativa?

Mariagiulia Costanzo Talarico y Pablo Saralegui Díez

Documento # 54

***Apirila - Abril - April
24, 25, 26
2017***

elikadura²¹

NAZIOARTEKO HIZKETALDIA
COLOQUIO INTERNACIONAL
INTERNATIONAL COLLOQUIUM

Iniciativas Agroecológicas a debate: ¿Gentrificación o Economía Alternativa?

Mariagiulia Costanzo Talrico y Pablo Saralegui Díez

Palabras Claves: agroecología, re-territorialización, procesos neoliberales, resistencia, ciudad, gentrificación.

El estudioso David Harvey (2015) observa como lo que históricamente caracteriza la ciudad es el fenómeno de la urbanización, estrechamente vinculado a la división en clases, con su consecuente distribución desigual de la riqueza¹. Bajo el capitalismo este fenómeno se ha acentuado, y si bien el sistema capitalista produce constantemente el excedente requerido por la urbanización – como observó el mismo Marx – también se verifica lo contrario, es decir que «el capitalismo necesita la urbanización para absorber el sobreproducto que genera continuamente» (Harvey, 2015, p. 24). Por lo tanto, se nota una «conexión íntima» en un doble sentido, basada, es decir, en el desarrollo del capitalismo y en el proceso de urbanización (Ivi). Además, hoy en día estamos asistiendo a un patrón global de construcción y destrucción de espacios geográficos fruto del propio funcionamiento de la economía capitalista, cuyo último fin son los procesos de acumulación. En este contexto, es siempre más evidente el rol central de la ciudad, en cuanto a ser centro neurálgico de la economía global: sede de producción, servicios, comercialización e innovación del modelo económico global (Sassen, 1997). La ciudad global permite que “lo local” se transforme en un «microambiente de alcance global» (Sassen, 2005, p. 34).

Bajo nuestra opinión, frente a estos procesos neoliberales se manifiestan y se oponen las resistencias de los movimientos sociales, capaces de realizar iniciativas agroecológicas para “re-territorializar” la ciudad (Costanzo y Saralegui, 2016a). En particular, en el caso de Madrid, toma lugar una «confluencia de resistencias» acercando dos miradas, la urbana y la rural, que se materializan en iniciativas agroecológicas, reforzándose mutuamente y subrayando dos elementos fundamentales: la transformación de una ciudad para la gente, y la transición hacia sistemas agroalimentarios alternativos y locales (Ivi). No obstante, estamos observando que las iniciativas agroecológicas a la hora de interactuar con la ciudad, atraviesan un filtro que las transforma, actuando, en algunos casos, como agentes gentrificadores.

Esta contribución pretende analizar la doble vertiente que tienen las iniciativas agroecológicas cuando entran en contacto con la ciudad: de un lado, evidentemente proporcionan alternativas viables para una economía sostenible, pero también del otro, contribuyen a crear nichos de mercado en línea con la actual urbanización neoliberal, que ve la gentrificación de algunos barrios centrales como mecanismo para mercantilizar la vida urbana para aquellos que tengan posibilidad económica, extendiendo la lógica de mercado a la experiencia metropolitana, con un aura de supuesta libre elección en el mercado (Harvey, 2015).

¹ Debida al control de los excedentes por parte de unos pocos, frente a los demás habitantes.

Para lanzar el debate sobre la potencialidad de las iniciativas agroecológicas, en cuanto a agentes gentrificadores o formas de economías sociales, este trabajo analizará en la primera parte el proceso de desterritorialización de la globalización y la consecuente urbanización neoliberal y gentrificación; en segundo lugar la generación de propuestas y prácticas agroecológicas en oposición a los procesos neoliberales en el caso específico de la ciudad de Madrid; finalmente analizaremos el papel de tales iniciativas y cómo funcionan en algunos notos barrios gentrificados madrileños, para reflexionar sobre la cooptación por mano del sistema neoliberal, de iniciativas que surgen desde espacios de debate.

La ciudad neoliberal

Uno de los principales rasgos del sistema neoliberal, es el predominio de la lógica del funcionamiento del mercado y de los beneficios económicos, o mejor dicho de la razón económica sobre la política, que deviene un factor determinante de organización de la misma vida social (Ornelas, 2000). En otras palabras, el modelo neoliberal considera sistemáticamente todo como mercado, decidiendo sobre los recursos para que sean eficientemente productivos. Aunque tal sistema difunde la idea de un mercado que se auto-regula a través del “libre funcionamiento” de la oferta y la demanda, parece evidente que para que funcione de manera adecuada, necesita la libertad de fijar precios sin interferencia política, con lo cual es clara la incapacidad a considerar el mercado como el mito de la benevolente “mano invisible”, y cómo, más bien, hay una voluntad precisa, arbitraria y calculada detrás de cada intervención en el mercado, tratándose realmente de una “mano visible” (Ploeg 2008).

Muchos autores han evidenciado como el sistema neoliberal produce una construcción desigual del espacio, provocando una desterritorialización creciente; David Harvey (2005) por ejemplo, explica que la actividad capitalista impulsa un “desarrollo geográfico desigual” a través de un proceso molecular de acumulación. Ploeg (2008), a su vez, describe este sistema como un “Imperio”, tomando en préstamo el concepto de Hardt y Negri, quienes hablan de: «un aparato de regulación descentralizado y desterritorializado que incorpora progresivamente a todo el ámbito global dentro de sus fronteras abiertas en expansión»². Para Imperio los elementos centrales son el control y la apropiación como modo de ordenación, lo que precisa una «re-ordenación» de lo social y lo natural, es decir las relaciones, las prácticas, los procesos y las identidades (Ploeg, 2008, p. 327). Lo que deriva es el actual proceso de globalización, que mediante la conquista del espacio también se apropia de las prácticas locales, reensamblándolas de manera tal que garantice el control y la explotación de las mismas. De esta forma se «elimina lo local, transformándolo en un no lugar» (Ivi, p. 328).

El neoliberalismo, por supuesto, no ha inventado lo urbano ni la urbanización, de hecho la configuración urbana capitalista desarrollada durante las revoluciones industriales ha contribuido a la acumulación del capital, ejerciendo la dominación de una clase social sobre otra, y determinando la forma de producir y consumir el territorio; sin embargo, hablamos de ciudad neoliberal para analizar de manera

² Hardt y Negri, 2000, en Ploeg, 2010, p. 327.

adecuada como cambia la ciudad en la gestión urbana neoliberal (Ornelas, 2000). La ciudad es un producto social, una síntesis dinámica del conflicto de intereses, valores y visiones, en el que participan las distintas clases y colectivos sociales (Pérez Quintana, 2015). En la década de los 70, con el giro neoliberal del sistema capitalista, el ciclo del capital asociado a la producción industrial sufrió una reestructuración que se integró a una esfera global, dando paso al mercado de la construcción en las antiguas metrópolis industriales. Así, la ciudad dejó de ser un lugar donde localizar actividades productivas, pasando a ser una mercancía fundamental para crear oportunidades de beneficio, es decir, se produjo el cambio de la producción en el espacio a la producción del espacio (Lefebvre, 1974).

La ciudad neoliberal, por lo tanto, es el resultado del comienzo y la propagación de una ideología neoliberal que ha diseñado y construido lo que el sociólogo urbano Michael Janoschka (2011) define como «geografía del neoliberalismo urbano», explicando como, de esta manera, los espacios están constituidos por cambios institucionales en la política urbana, implicando:

- 1) La formación de redes de negocios entre lo público y lo privado;
- 2) Políticas de desarrollo local que impulsan la cooperación entre empresas;
- 3) La activación de programas de paliación del fenómeno de la exclusión social;
- 4) El fomento de nuevas formas de coordinación interinstitucional;
- 5) La creación de nuevas instituciones regionales que impulsan la coordinación intergubernamental y el *marketing* urbano.

Esta transformación institucional a nivel urbano, no representa una transición lineal de la ciudad del bienestar a la ciudad neoliberal, sino que lo neoliberal se compone de cada fenómeno descrito, matizando las aplicaciones de los mismos en las distintas ciudades donde se activa su puesta en marcha (Volker, 2014). Estos procesos multifacéticos y polimórficos promueven un cambio institucional local mediante el tránsito de lo que se llamó el “Estado de Bienestar”, para adoptar el modelo de *governance*, que se caracteriza por una serie de elementos que definen la globalización neoliberal. En efecto, de acuerdo con Sassen (2009) estas características son:

- ✓ La desnacionalización: se trata de la base de la actual crisis de la soberanía nacional, que endogeniza las agendas mundiales de diversos tipos de actores, no sólo las empresas y los mercados financieros, sino también los objetivos de los derechos humanos;
- ✓ Desregularización: es el proceso por el cual la gobernanza actúa sobre las restricciones a las empresas, con el fin de fomentar las operaciones de mercado y financieras.
- ✓ La privatización: es la reducción de la intervención estatal en las cuestiones relativas a los límites nacionales, así como la privatización de las empresas públicas mismas.

- ✓ *Securization*: se trata de la operación por la cual los préstamos se transforman en líquidos, con el objetivo de producir altos beneficios circulan ellos.

Sassen (1999) afirma que las ciudades juegan un papel fundamental para las políticas neoliberales como ciudades globales, es decir nodos del poder económico global, reduciendo a las metrópolis dominantes (en países del Norte y del Sur global) al papel de nodo de gestión de la integración local a la acumulación mundial: las ciudades globales resultan necesarias para la circulación del capital. De esta forma, las ciudades se confirman como espacio urbano para la estabilización del capital, produciendo “geografías de acumulación en los espacios urbanos”, que tienen un proceso de vida estrechamente conectado con la inversión de capital fijo. No obstante la re-organización del espacio urbano, el capital precisa nuevas formas de acumulación, siendo el mismo espacio urbano una mercancía, en cuanto a generador de riqueza a través de la capitalización de plusvalía, por tanto la ciudad neoliberal promueve un espacio urbano que sabe producir, remodelar y destruir, con el fin de crear su mismo valor y reinvertirlo (Harvey, 2007a).

La búsqueda perpetua de plusvalía: la gentrificación

La búsqueda continua de plusvalías choca con la necesidad de habitabilidad, surgiendo procesos de expulsión que llevan el nombre de “gentrificación”. Por gentrificación entendemos el proceso que comienza con un conjunto de mecanismos que fomenta la desinversión y abandono de zonas urbanas, hasta tal punto de deterioro de la zona que permita que la reinversión y remodelación de estos barrios sea rentable, proceso a través del cual se transforma totalmente la realidad social de la zona afectada (Peris López, 2014).

La secuencia de gentrificación suele ser: producción de la ciudad por el capital, apropiación de ésta por sus habitantes con la creación de barrios, abandono, desinversión y degradación de la zona, expulsión de habitantes y reproducción del capital. (Dalmau i Torvà, 2016). Aquí se visualiza el conflicto existente entre distintos modos de hacer o de relacionarse en la ciudad. Cuando estos modos resultan disfuncionales para la reproducción del capital, se despliegan distintas técnicas de desplazamiento como son los precios de mercado y los planes urbanísticos (Ivi). Si bien lo obvio parece ser el conflicto a nivel diario entre nuevos usuarios de la ciudad con rentas mayores y el antiguo vecindario, en realidad, en este proceso tal conflicto esconde grupos financieros y grandes empresas que resultan como grandes beneficiarios. Cuando un área susceptible de beneficio sufre una devaluación suficiente para poder invertir rentablemente, tales grupos se insertan en el ciclo de reproducción, cumpliendo un proceso de gentrificación.

No obstante, la gentrificación va más allá, comprendiendo también el monopolio espacial por parte de una serie de capitales culturales, relacionales y simbólicos que la condicionan (Sequera, 2014). En efecto, las administraciones públicas no solo controlan las condiciones de vida o las relaciones productivas, sino que producen subjetividades relacionadas con tecnologías de biopoder y prácticas disciplinarias (Sequera y Janoschka, 2015), que refuerzan el esquema en que los individuos se relacionan con el espacio público y los barrios. Además, el

individualismo neoliberal fuerza a perseguir un “auténtico estilo de vida”, lo que es utilizado para la creación de mercados que comercializan cada vez más partes de la vida diaria. Ambos elementos, mecanismos de auto-coerción y comercialización de estilos de vida, refuerzan los dispositivos de gentrificación, empujando hacia la transformación de los barrios bajo una episteme que indica lo que es legítimo y que no lo es, construyendo el “buen vecino”. Surgen así, prácticas discursivas mediante las cuales se modifica el valor de un determinado lugar con dos características (Franquesa, 2007): por un lado, el uso de prejuicios y metáforas recurrentes, para camuflar el peso económico de la transformación que añade o quite valor de cambio, y por el otro, la moralización y naturalización que presenta la transformación como intrínsecamente positiva y necesaria. En este sentido, destaca el discurso de la higiene social, por el cual los barrios degradados son considerados como “contenedores de males sociales” (Martínez i Rigol, 2002; Franquesa, 2007), que cuando entran en el proceso de transformación, son sujetos a “medidas paraurbanísticas de corte disciplinario”, privilegiando a aquellos que se ajustan mejor a los requerimientos del valor de cambio, y castigando aquellos que los interfieran (Franquesa, 2007).

En muchas ciudades podemos encontrar ejemplos de este tipo: Barcelona (Gracia), Nueva York (Bronx, Queens), Buenos Aires (La Boca), Madrid (Malasaña, Lavapiés, Chueca), ciudades en donde el espacio ha devenido una mercancía. La creación de alianzas entre entidades públicas y capital privado, permite orquestar una ordenación de la ciudad enmascarada bajo la “renovación urbana”, un concepto que se autolegitima evocando el “retorno” a una hipotética “normalidad” asociada a la idea de una “resurrección” del barrio, que solo puede mejorarlo para obtener la máxima adhesión social (Dalmau i Torvà, 2016). De hecho, la degradación de determinados barrios promueve el hartazgo del vecindario, canalizado para que los vecinos apoyen el proyecto de renovación, vendiendo la creación de un futuro “espacio público de calidad”, y que contemplando la idea de un lugar ideal, se presenta como una perfecta inversión (Freyberger, 2016). Otra estrategia de renovación, es la incorporación de “capital cultural” al barrio, que supone regenerar el tejido económico, o “limpiar” el barrio, empujando lo que Delgado (2008) llama “artistización”: un proceso impulsado por políticas públicas, con el objeto de acoger el emprendimiento y la reapropiación de la ciudad para reconstruirla como un *cluster* de parques temáticos para el desarrollo de actividades culturales. El resultado es una reconversión de barrios de clase trabajadora a barrios comerciales o “barrios marca”, normalmente vinculados al turismo y al ocio nocturno, a través de la articulación de capital público-privado, cuyas políticas producen dos elementos: 1) una transformación simbólica que genera un entorno favorable para clases medias y altas; 2) una renovación y construcción de nuevas viviendas que atraen nuevos residentes con mayores ingresos, desplazando así a los residentes con menor renta (Sequera y Janoschka, 2015).

En el caso de Madrid, es habitual el nombre de los barrios de Malasaña, Chueca o Lavapiés, en lo que a gentrificación se refiere. Los planes de revitalización urbana insertados dentro de la voluntad de hacer a Madrid una ciudad global, así como para fomentar el turismo entorno a los valores artísticos, culturales y museísticos de la zona centro, han sido uno de los elementos que han conllevado la gentrificación a sus calles (Muñoz Carrera, 2011). El resultado es «el crecimiento y desarrollo de una clase media de profesionales, técnicos, directores y gerentes

vinculados al sector servicios de alta cualificación y *knowledge intensive*», que aumentan su peso en el distrito Centro (Ivi, p. 25). Esta nueva clase trae nuevos estilos de vida basados en consumos distintivos (*habitus*) y modelos de civismo que territorializan el espacio público con prácticas excluyentes, fomentadas por el comercio cultural adyacente en el barrio, para el caso de Lavapiés (Sequera, 2014). Algunos autores los definen como *diversity seekers* (buscadores de diversidad), característicos por frecuentar tiendas étnicas pero sin mostrar un compromiso social o político con otros residentes, es decir, conviven en un mismo barrio pero se mueven en redes sociales fragmentadas por clase, etnia o nivel educativo (Ivi). Todo esto, a pesar de la habitual fuerte presencia de activismo, militancia de izquierdas y tejido asociativo, que sin embargo crea un escenario donde los intereses políticos y económicos para rentabilizar el barrio lo ven como una oportunidad. Asimismo, colectivos a priori objetos de ser higienizados socialmente, son asimilados por las nuevas clases medias que poseen aires contraculturales, pasando a ser un recurso estético del barrio, un exotismo que lo dota de particularidad y que bajo la narrativa de la “ciudad creativa” (Florida, 2010) hace uso de lo distópico y los mitos urbanos de la diversidad, la mezcla social y la cultura, para convertirlo en lo socialmente deseable, enfrentándolo a lo vulgar (Sequera, 2014).

Las dinámicas perversas de gentrificación claramente van contra de los derechos básicos de las personas y el bienestar del medio ambiente; no es casualidad si frente a los mecanismos de urbanización neoliberal, están surgiendo, en muchas ciudades del mundo, movimientos que reclaman el “derecho a la ciudad”, como un concepto que va más allá del derecho a la vivienda: lo que se reivindica es la posibilidad de reconfigurar el proceso de urbanización.

De acuerdo con Harvey (2015), el derecho a la ciudad es más que:

Un derecho de acceso individual o colectivo a los recursos que esta almacena o protege; es un derecho a cambiar y reinventar la ciudad de acuerdo con nuestros deseos. Es, además, un derecho más colectivo que individual, ya que la reinención de la ciudad depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo sobre el proceso de urbanización (p. 20).

La resistencia de los movimientos sociales

David Harvey (2007b) sugiere que unos de los logros más significativos del neoliberalismo, ha sido saber imponer una ideología que se advierte como un “sentido común”. En efecto, es convicción difundida que el ser humano es un individuo competitivo y egoísta por naturaleza, justificando por tanto, la competitividad de las empresas, que son “eficientes”, y para mantenerse tales como objetivo no pueden tener la filantropía, sino que al revés deben defender sus intereses, impulsando una lógica de “auto-defensa” como mecanismo para obtener más éxito que los demás. Por otro lado, se está difundiendo también la idea de que el Estado de Bienestar ha sido un fracaso, sabiendo acumular solo deudas, y que mejorar la vida de los individuos ha resultado ser asistencialista y paternalista. Éstas son solamente algunas de las ideas que se transmiten a través de los mensajes publicitarios, mediáticos e incluso académicos (Estévez, 2013).

Según el catedrático de filosofía del derecho José Antonio Estévez Araujo (2013), la sociedad precisa visiones “desde abajo” para producir mentalidades

democráticas. Las movilizaciones del 15M, son un ejemplo de protesta y resistencia contra la austeridad económica del sistema neoliberal y la inmovilidad política conllevada. El 15M ha expresado inquietudes sociales a las cuales no se está respondiendo a nivel de gobierno, exactamente para favorecer políticas de desarrollo neoliberal que fortalezcan una *governance* neoliberal y por tanto, lógicas de un (falso) libre mercado, totalmente inhumano e insolidario. Es en este sentido que es significativo leer las protestas de los movimientos a partir del 15M, en cuanto a difundir nuevos sentidos comunes para reivindicar una democracia real que se oponga a los idearios neoliberales:

En las movilizaciones como el 15-M se aprende que la libertad de los demás no es un obstáculo, sino una condición de nuestra propia libertad. Se aprende también que no tiene sentido competir para dejar atrás a los demás, pues, en democracia, nuestra vida será tanto mejor cuanto más “calidad” tengan nuestros conciudadanos. El éxito individual es humanamente mucho más pobre que el bien común alcanzado mediante el esfuerzo y la colaboración de todos (Estévez, 2013, p.21).

La resistencia de los movimientos sociales urbanos ha logrado visibilizar los fallos de la lógica dominante, impulsando una transformación de los contenidos que se materializan en demandas democráticas, evidenciando los límites y la incapacidad de las políticas neoliberales para satisfacer las necesidades de las personas que no encajan con un modelo económico competitivo. Cabe decir que las protestas de estos movimientos no son aisladas: se trata de formas de resistencia contra la ideología de la globalización económica y la concepción del mundo en términos de propiedad privada, para defender una visión solidaria y respetuosa de las diversidades que lucha para proteger los bienes comunes (Costanzo, 2016). Así, por un lado los movimientos locales defienden sus propios intereses en base a las necesidades específicas, por el otro, son parte de un movimiento global que muchos autores describen con énfasis: movimiento de los movimientos (Negri, 2008), movimientos por la justicia global (della Porta, 2000), movimientos por la soberanía alimentaria (Desmarais, 2009). Movimientos provenientes de todo el mundo que son diferentes pero unificados (McMichael, 2007), porque tienen en común la lucha por los bienes comunes, y el objetivo de cambiar el paradigma neoliberal (Costanzo, 2013).

En particular en América Latina y España, los movimientos sociales a partir de 2011 han puesto sobre la mesa temas como la educación, la vivienda, la democracia y el derecho a la ciudad (Hidalgo y Janoschka, 2014). Aquí pretendemos centrarnos sobre el caso de Madrid al ser uno de nuestros estudios de caso.

En Madrid, como visto anteriormente, las movilizaciones del 15M se han concretado en el fomento de un activismo político que van más allá de las protestas callejeras: se trata de prácticas que se articulan en centros sociales auto-gestionados con temáticas de recuperación del patrimonio común, manifestaciones artísticas y ferias auto-gestionadas decrecentistas, huertos urbanos que exigen un “urbanismo agroecológico integrado” (Costanzo y Saralegui, 2016a). Lo que se reivindica, no son solamente cuestiones puramente conectadas con el derecho a la ciudad en cuando a derecho a la vivienda y a políticas que regulen democráticamente los servicios públicos, las pensiones, los

abusos de poder, etc., sino un derecho a vivir una ciudad que esté construida para sus habitantes³, y que estos puedan acceder también a su comida local y sana. No es casualidad que la lucha urbana se mezcle con la protesta rural. De hecho, nos parece interesante que en el caso de Madrid se pueda observar una «confluencia de resistencias» (Costanzo y Saralegui, 2016a): los movimientos urbanos y rurales confluyen en propuestas comunes para oponerse al sistema agro-industrial impulsado por la globalización neoliberal, materializándose en propuestas agroecológicas, como los «Mercados Agroecológicos Campesinos, en donde confluye la reclamación del uso de los espacios comunes para actividades con valor social, y el respeto con los límites biofísicos a través de la producción y comercialización agroecológica» (Ivi, p. 20).

Lo que hemos observado, es que existe un movimiento agroecológico que se compone de actores y actoras que no encajan en las categorías sociológicas clásicas, es decir que no poseen características sólo urbanas o exclusivamente rurales, dando vida a nuevos conceptos y nuevas formas de politizar los espacios.

Los movimientos agroecológicos en Madrid, mediante las iniciativas agroecológicas impulsan por un lado, la reapropiación de los valores de los antiguos mercados campesinos, es decir la proximidad, la cercanía y la confianza en las relaciones, por el otro, la propuesta de un comercio realmente justo y ecológicamente respetuoso de su entorno. Es en estos términos que se reivindica el uso del concepto de “Mercado Campesino”: se pretende evidenciar la propuesta política para una economía local que rescate los valores de la agricultura tradicional, integrando los principios de la justicia social y la sostenibilidad (social y ecológica) de los movimientos rurales y urbanos (Costanzo y Saralegui, 2016a). Además, los mercados agroecológicos intentan construir un espacio colectivo que se base en un sistema de cooperación democrática, implicando un funcionamiento interno que incorpora el principio de horizontalidad en la toma de decisiones. De la misma manera, las propuestas agroecológicas en Madrid están tratando de incluir la perspectiva feminista, para que el nuevo espacio que se crea, sea compatible con las necesidades de todas las personas, sin discriminaciones de género, y para que los cuidados se puedan compartir, no resultando como una tarea femenina forzada.

La resistencia agroecológica, por lo tanto, consiste en “una amplia gama de prácticas heterogéneas y cada vez más interconectadas” (Ploeg, 2010, p. 370), a través de las cuales las campesinas y los campesinos consiguen rebelarse con actividades pacíficas (Desmarais, 2009) que toman cuerpo en los campos o en los huertos urbanos, en la reivindicaciones del uso de métodos agrícolas pertenecientes a los saberes locales y ancestrales. El antropólogo experto de movimientos agroecológicos Narciso Barrera-Bassols, afirma que a diferencia de la clásica resistencia campesina, en donde la actividad resistente es casi invisible en cuanto a “silenciosa”, la nueva resistencia agroecológica es “creativa”, es decir que produce actitudes para contravenir a la lógica hegemónica, creando alternativas innovadoras que provocan rupturas que permiten “soñar nuevos mundos”. En este sentido, el mercado agroecológico resulta un acto político capaz

³ Habitantes y no “ciudadanos”, palabra que deja invisibilizadas algunas minorías, como sobre todo la gente con problemas relativos a la “ciudadanía”. Aquí pensamos que el derecho a la ciudad no es solamente para quien tiene papeles regulares, sino para todas las personas que habitan la ciudad.

de humanizar la relación productor-consumidor, mediante la propuesta de nuevas relaciones que salgan de las lógicas económicas, para hablar de las personas y contar con una narrativa ambiental diferente. Un ejemplo, es el concepto de prosumo, difundido desde los mismos movimientos:

A través de la articulación de productores agroecológicos y consumidores críticos aparece el concepto de “prosumidor”, una figura que hace partícipe al consumidor en la producción y desintegra la idea de mercado en los intercambios de productos agroalimentarios, tratando de reconstruir la conexión entre la producción y el consumo agroalimentario (Costanzo y Saralegui, 2016b)⁴.

Nos parece interesante que la creatividad de los movimientos agroecológicos, en Madrid pero también en otros lugares, no sólo está poniendo en discusión la lógica del sistema, sino que están ofreciendo propuestas para re-territorializar la ciudad, planteándose como sujetos políticos capaces de crear herramientas para la formulación de nuevas epistemologías que puedan contribuir a derrotar el “sentido común neoliberal”.

La gentrificación ecológica

Si bien los movimientos agroecológicos tratan no sólo de impulsar propuestas concretas, sino también de enactuar un cambio de lenguaje y mentalidad, los elementos de mejora aportados por sus prácticas revitalizan el espacio urbano, lo que permite que se atribuya un valor añadido al barrio, atrayendo nuevas inversiones y nuevos habitantes y/o turistas. En muchos casos, la combinación entre el desarrollo económico y el verdeo de la ciudad, es posible gracias a lo que se define como el privilegio medioambiental⁵, es decir el acceso desproporcionado a espacios verdes, comida fresca, y servicio de recogida de residuos, de los cuales normalmente pueden beneficiarse solo las clases altas y blancas, excluyendo a los grupos marginalizados (Anguelovski, 2015). De esta manera, toma lugar lo que la estudiosa Sarah Dooling (2009) define como “gentrificación ecológica”, es decir: «la implementación de agendas de planeamiento medioambiental relacionadas con espacios verdes, y que llevan a desplazar o excluir a la población económicamente vulnerable a través de la exposición de una “ética medioambiental”» (Ivi, p. 630). Además, la investigadora Isabelle Anguelovski (2015) observa que la gentrificación asociada al verdeo y a las agendas sostenibles, involucran un conjunto de actores (urbanistas, políticos e individuos que adquieren inmuebles en el barrio gentrificado) cuyo comportamiento contribuye al proceso de gentrificación ecológica.

Al igual que el concepto de renovación urbana, también la sostenibilidad ambiental se postula como una decisión técnica que elude las cuestiones urbanas y la intersección entre las desigualdades raciales, sociales y el privilegio medioambiental (Swyngedouw 2007). Así, el “verdecimiento” de un barrio se convierte en una cuestión tecnocrática y apolítica, donde se planea e implementa

⁴ Diapositiva de “La redefinición del espacio metropolitano mediante la ruptura de la dicotomía “urbano-rural”. Prosumo y derecho a la ciudad en la Comunidad de Madrid”, en el II Congreso Internacional de Antropología AIBR: Identidad: puentes, umbrales y muros, en la Universidad de Barcelona.

⁵ Park y Pellow en Anguelovski, 2015.

sin pensar las consecuencias sociales que conlleva. Si bien la revisión de Anguelovski (2015) hace referencia a procesos sobre todo en Estados Unidos, la autora indica que los residentes en barrios donde comienzan a abrirse tiendas de comida ecológica y sana, representan en general una señal para que inversores y nuevos residentes se preparen para “revitalizar”, resultando en un conflicto en barrios con diversidad social y étnica frente a este tipo de tiendas. No es casualidad que lo que Anguelovski (2016) llama *supermarket greenlining*, es decir a la aparición de productos ecológicos en los lineales de los supermercados, tenga por objetivo determinados barrios para instalar sus sucursales con una sección “eco”, a costa de precios y recursos que las comunidades de bajas rentas no poseen. Por tanto, estamos ante una situación en donde es habitual encontrar la cooptación de los discursos ecologistas por los planes de sostenibilidad implementados, que finalmente favorecen la gentrificación y juegan en favor de residentes de clase alta (Anguelovski, 2015).

Estas dinámicas se están cruzando con las iniciativas agroecológicas, aunque el espíritu de la agroecología está fuertemente impregnado de una mirada politizada, es decir que no se pueden separar las iniciativas agroecológicas del proyecto político agroecológico. En efecto, si bien muchos académicos occidentales insistan en remarcar que el término fue acuñado en Europa, la Agroecología «se fundamenta en la lógica ecológica de la agricultura campesina e indígena, aún extendida en varias partes del mundo en desarrollo» (Holt-Giménez y Altieri, 2013). A partir de los años '80, los movimientos sociales en América Latina empezaron a poner en duda los sistemas agrarios industrializados, identificando en ellos una de las causas principales de la pobreza generada en estos países, indicando como posible desarrollo rural un cambio de producción agraria. Fue entonces que se empezó a elaborar proyectos agroecológicos, basados en la incorporación de conocimientos ancestrales en la ciencia agrícola moderna, impulsando estos nuevos métodos en toda América Latina y también en otros países del Sur global. La agroecología contribuyó al proceso de re-campesinización, mediante el cual pequeñas agricultoras y agricultores pudieron volver a sus tierras desde la ciudad. Los movimientos campesinos organizaron su lucha por la autonomía gracias a la agroecología: consiguieron reducir el endeudamiento y la dependencia de insumos externos, recuperando parte de sus territorios.

La perspectiva agroecológica campesina e indígena resulta ser parte integral de la lucha para reformas agrarias, contra la expropiación de tierras y las empresas extractivas (Ivi). Por estas razones, la agroecología, surgiendo como propuesta de cambio que se opone a los desastres neoliberales, no puede ser explicada como una propuesta científica o tecnológica, sino como un proyecto político y social de resistencia y, por tanto, descrito como ciencia, prácticas y movimiento a la vez, que cuestiona la agricultura capitalista y el desarrollo neoliberal.

Iniciativas agroecológicas en el Norte global: ¿Agroecología “light”?

La agroecología se está difundiendo rápidamente en Europa y Estados Unidos, sin embargo, al no tener las mismas condiciones sociales de los países donde se difundió primero, se está proponiendo también una versión descafeinada o “light”. En los países “occidentales” la dimensión política de la agroecología es menos visible, de hecho para describirla se utiliza el concepto de “agroecología

política”, separando el ámbito agrario de lo político. Holt-Giménez sugiere que todo esto pasa por la incapacidad que hay en estos países del norte, para cuestionar de manera directa el capitalismo, en cuanto a que criticar los daños socio-ambientales del sistema agroalimentario neoliberal es cuestionar el entero sistema.

La propuesta que viene de la agroecología es una crítica radical al modelo económico neoliberal, por tanto no sorprende que por años se haya quedado fuera de los programas gubernamentales y de la oferta académica, moviéndose solamente dentro de los movimientos sociales. Sin embargo, en los últimos años estamos asistiendo a una preocupación creciente frente al cambio climático y a los desastres que esto comporta: no es casualidad que se estén buscando alternativas viables en sustitución del actual modelo productivo, afrontando el problema como una emergencia en los *Summit* mundiales como en París 2015. La consecuencia es una propuesta agroecológica de los países del Norte global, apolítica y apoyada y promovida por consumidores, ONGs, instituciones mundiales, académicos, a través de nuevos términos como: intensificación sostenible, agricultura climáticamente inteligente, sistemas de producción diversificados (Holt-Giménez y Altieri, 2016). De esta forma:

La cooptación de las prácticas agroecológicas hará la agricultura industrial un poco más sostenible y un poco menos explotadora; pero esto no cuestionará las relaciones de poder subyacentes en nuestro sistema alimentario. Por otra parte, la versión “lite” de la agroecología no tiene en cuenta el hecho que los monocultivos industriales y de gran escala dañan la existencia de los pequeños agricultores que cultivan agroecológicamente. Las voces de los productores agroecológicos—de las comunidades afroamericanas, latinoamericanas, indígenas y asiáticas, de los pequeños agricultores y de los agricultores urbanos—así como de los consumidores de bajos ingresos económicos, de los académicos progresistas y de las ONGs que critican la agricultura convencional, son marginadas o silenciadas en este discurso (Ivi).

De acuerdo con Sequero (2013), la articulación entre economía neoliberal y la cultura *hipster*, no lo hace más simple, en cuanto a cruzarse con una clase media-alta con disponibilidad de dinero y de tiempo libre, lo que permite un estilo de vida que encaje con la adquisición de productos que evidencian un cierto estatus social: comprar productos ecológicos en algunos casos es un gasto que una persona con un bajo salario no puede permitirse. Por otro lado, señalamos que tener una condición laboral precaria y una falta de disponibilidad horaria flexible, no se concilia con el poder comprar determinados productos “verdes”, o participar en iniciativas vecinales para “enverdecer” el barrio. Asimismo, pretendemos subrayar que en casos de barrios gentrificados, el desplazamiento de los vecinos, es paralelo a la aparición de tiendas ecológicas. Daniel Sorando y Álvaro Ardura (2016) observan sarcásticamente que frente los primeros “*cupcakes*”, o “*muffins*” (en lugar de las clásicas magdalenas), o “zumo verde”, estamos al 75% del proceso de gentrificación, transformando barrios populares en lugares “hipsterizados” inaccesibles a la gente del mismo barrio, que se ve, en algunos casos, obligada a desplazarse por el incremento del coste de vida que las tiendas “sanas”, “ecológicas” y “*vintage*”, conllevan.

Agroecología en Madrid

La Comunidad Autónoma de Madrid se encuentra orientada eminentemente al sector servicios, siendo el sector agroalimentario el que menor presencia supone en términos de población activa. No obstante, contrasta la fuerza con la que temáticas como la sostenibilidad o la agroecología han permeado en algunos grupos sociales. La sensibilidad con respecto a la forma en que nos alimentamos ha aumentado, lo que se refleja entre otras cosas en el estudio de 2011 del Ministerio de Agricultura, que recoge un aumento del consumo de productos ecológicos y una tendencia a seguir este crecimiento. Sin embargo, las distintas prácticas agroecológicas no siempre quedan reflejadas en las estadísticas oficiales: estos datos podrían ser aún mayores ya que no recogen los productos no certificados consumidos a través de grupos y cooperativas de consumo.

Por productos ecológicos entendemos todos aquellos productos que se encuentran sujetos a la Normativa Europea de producción ecológica, y que vienen habitualmente señalados con una o varias etiquetas que lo certifican. Por el contrario, entendemos por producto agroecológico aquel producto que ha sido producido bajo criterios ecológicos y socialmente justos, fuera de explotación laboral, y que ha sido comercializado directamente por el productor en un entorno local. En Madrid, en los últimos años se ha observado un progresivo interés por ambos productos, marcando, por un lado un consumo de productos ecológicos notable, y por el otro un sensible aumento de iniciativas agroecológicas.

En el año 2008, a raíz del VI encuentro de Plataforma Rural, nació la Iniciativa por la Soberanía Alimentaria de Madrid (ISAM), una organización política que incluye entre sus miembros a activistas procedentes de la academia, ecologistas y sindicalistas, y que incluye buena parte de los movimientos agroecológicos en la Comunidad de Madrid y otros territorios colindantes (Estrella y Saralegui, 2015). Esta organización dio cabida a una extensa red de iniciativas agroecológicas que conectaba la producción y el consumo local. Posteriormente, la ISAM dio paso a la Plataforma Madrid Agroecológica, actualmente activa, y que se incorpora en la escena política como interlocutor con distintas administraciones públicas, siendo participe en la co-producción de políticas públicas.

Las iniciativas agroecológicas incorporan en sus acciones un consumo consciente, solidario y político, tomando vida en forma de grupos y cooperativas de consumo, mercados agroecológicos campesinos o a través de la venta directa en cestas. Es habitual encontrar entre los discursos de sus participantes un desmarque con respecto al consumo habitual de productos ecológicos certificados, que se comercializan en tiendas ecológicas, supermercados con secciones “eco” o herbolarios. La distinción que estos activistas establecen, como afirmó un activista del mercado de Malasaña, tiene muchas veces que ver con: «la implicación política del proyecto, que va mucho más allá de tener una certificación ecológica, lo que se pretende es transformar el sistema agroalimentario, los productos certificados solo buscan una cuota de mercado para ganar dinero»⁶.

⁶ Entrevista a un participante en el mercado agroecológico de Malasaña, hecha por Pablo Saralegui durante uno de los mercados en mayo 2016, para la tesis doctoral.

A pesar de la distinción que establecen los participantes, es habitual observar una gran concentración de iniciativas agroecológicas en barrios donde también se emplazan tiendas ecológicas y herbolarios con productos certificados⁷, lo que empuja a pensar en la existencia de cierto tipo de hibridación entre estas iniciativas con un fuerte compromiso, y los nuevos estilos de vida que surgen en la gentrificación. En efecto, barrios como Lavapiés o Malasaña, en evidente proceso de gentrificación, presentan un crecimiento paralelo de iniciativas agroecológicas politizadas, formadas por consumidores que tratan de tejer redes locales con productores locales, y tiendas ecológicas “gourmetizadas”, ya sea como tiendas o como puestos en mercados de abastos (Rodríguez Sebastián, 2014). Al analizar las pautas de consumo y de producción que se dan dentro de las iniciativas agroecológicas, se observa que, por un lado, la producción agroecológica no logra cubrir toda la cesta alimentaria de los activistas implicados en grupos o cooperativas de consumo, por lo que éstos habitualmente recurren a tiendas ecológicas y herbolarios para cubrir su dieta, y por el otro, la producción de huertas ecológicas locales que habitualmente abastecen estas iniciativas en Madrid, comercializan parte de su producción en estas mismas tiendas ecológicas. Por lo tanto, si bien estos grupos consideran el consumo como un acto político apostando por la producción local y ecológica, así como por una relación directa con la producción, irremediablemente suplementan su cesta con productos procedentes de estas tiendas ecológicas, identificadas con el proceso de gentrificación ecológica.

Además, los nuevos residentes, que poseen hábitos de consumo asociados a un simbolismo de distinción, vinculado al placer y al ocio (Zukin, 1998), y en lo que se refiere a la comida, de lo vinculado a lo sano y saludable, generan prácticas de consumo que son retroalimentadas por el *habitus* asociado al activismo agroecológico. De este modo, la existencia de iniciativas agroecológicas genera una identidad asociada al barrio, que hace referencia a una “alteridad” por su carácter político, pero que es canalizada como mercancía y aprovechada para alimentar estos estilos de vida.

Hacia una Agroecología profunda

Como hemos visto, existe un solapamiento entre nuevos “estilos de vida” y el uso que se hace de las iniciativas políticas que surgen en barrios donde se dan procesos de gentrificación. Entre las iniciativas políticas, las propuestas que surgen desde el campo de la agroecología vienen tomando fuerza en Madrid, en donde al igual que en otras ciudades españolas, el consumo de productos ecológicos ha crecido de la mano de grupos y cooperativas de consumo que llevan cerca de treinta años concienciando y creando redes de distribución para los productores y consumidores (López García, 2015). Prácticamente en todas las regiones de la península, encontramos un movimiento social que se articula en base a redes territoriales ligadas a propuestas de Soberanía Alimentaria, y que se marcan como objetivo expandir estas redes e incluir en ellas a cada vez a más población (Ivi). En estas redes de consumo, se busca acortar las relaciones entre la producción y el consumo para garantizar una mayor participación del eslabón productivo, eslabón que ha quedado sometido a las grandes organizaciones empresariales que gobiernan el negocio alimentario (McMichael, 2009; Delgado Cabeza, 2010). Sin embargo, esto no parece una tarea fácil, ya que el

⁷ Como puede observarse en la web www.isamadrid.org.

enfrentamiento de intereses entre el campo y la ciudad es un componente estructural de nuestra sociedad, lo que hace necesaria una gestión centralizada y vertical de los asuntos comunitarios (López García, 2003).

En España, el interés por la agricultura ecológica ha sido impulsado a partir de los años 70 por neorrurales centroeuropeos, extendiéndose en los años '80 al movimiento neorrural español, en un momento en el cual el abandono de los pueblos y del sector agrario tocaba su culmen. Gracias al Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC), surgido a finales de los '80 en la Universidad de Córdoba, este empuje hacia el consumo ecológico evolucionó en la introducción de proyectos agroecológicos (López, 2009). En efecto, el ISEC colaboraba con movimientos campesinos en América Latina, con lo cual fue posible realizar iniciativas agroecológicas realmente significativas. A partir de esta experiencia en Andalucía, desde los años '90 las propuestas agroecológicas se fueron difundiendo en muchos lugares de España, haciendo de la agroecología un eje de acción fundamental para la construcción de alternativas económicas, sociales, políticas y ecológicas (Ivi). No es casualidad que uno de los autores más relevantes en España en agroecología, Eduardo Sevilla Guzmán (2006), la defina como:

Manejo ecológico de los recursos naturales a través de formas de acción social colectiva que presentan alternativas al actual modelo de manejo industrial de los recursos naturales mediante propuestas, surgidas de su potencial endógeno, que pretenden un desarrollo alternativo desde los ámbitos de la producción y la circulación alternativa de sus productos, intentando establecer formas de producción y consumo que contribuyan a encarar la crisis ecológica y social, y con ello a enfrentarse al neoliberalismo y a la globalización económica (p.15).

Aquí pretendemos distinguir la agroecología de la agricultura ecológica, porque si bien las dos en algunos ámbitos y situaciones van de la mano, la agroecología se ocupa no solamente de sustituir los insumos químicos por técnicas naturales, y de reducir el uso de pesticidas, lo que busca es criticar al mismo pensamiento científico, visibilizando las prácticas y los conocimientos campesinos que desde la ciencia fueron denigrados y negados, mientras realmente han ofrecido su sustentabilidad histórica (Sevilla, 2006). Las prácticas agroecológicas por lo tanto, no tratan sólo de lograr un funcionamiento ecológico para una agricultura sustentable, como algunos agroecólogos occidentales afirmaron, sino combinar la dimensión ecológica con aquellas económica, social y política, buscando un "acceso igualitario a los medios de vida" (Sevilla, 2006, p.14).

La agroecología se propone como un enfoque integral pluriepistemológico, precisando así una articulación entre ciencia y praxis, y asignando un papel necesario a las variables sociales. Al contrario de la ciencia, que reclama independencia de la cultura y la ética para ser "objetiva", la agroecología se nutre del propio contexto cultural, de las cosmovisiones locales y de los conocimientos ancestrales, reconociendo en la naturaleza un ser vivo en lugar de un mero medio para abastecer recursos naturales.

Gracias a todo esto, la agroecología se considera una disciplina "crítica" y como tal, se enfrenta con las mismas problemáticas que otras disciplinas críticas y anticapitalistas atraviesan. De hecho, la agroecología tiene en común con el feminismo, por ejemplo, la cooptación operada por el sistema neoliberal. Para

explicar este concepto de cooptación, las feministas Ros Ballaster y colegas afirman que: «la construcción y el mantenimiento de cualquier orden social implica la construcción y el mantenimiento de ciertos placeres que puedan asegurar el consentimiento y la participación en ese orden» (Ballaster *et al.*, 1991, p.162). Ana de Miguel (2016) explica esta misma idea con el concepto de “mito de la libre elección”, o lo que es lo mismo en palabras de Michel Foucault:

Lo que hace que el poder arraigue bien, que se le acepte, es simplemente el hecho de que no pesa sobre nosotros solamente como una fuerza que dice no, sino que atraviesa y produce cosas, induce placer, configura conocimiento, produce discurso. Necesita ser considerado como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social, mucho más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir (1980, p. 119).

Al igual que en el feminismo, donde se propone hablar de “feminismos”, exactamente para describir las distintas corrientes y con ello no caer en la homogeneización de conceptos y respetar las diversidades, así como distinguir las corrientes anticapitalistas de las neoliberales (sin negar ninguna de ellas), podemos hablar de “agroecologías”. En efecto, Narciso Barrera-Bassols (2016), explica como la agroecología, por todas las razones que hemos analizado, se ha vuelto un término polisémico, y por ello se encuentra en disputa. Barrera-Bassols identifica 3 tipos de agroecología:

- “Problema Alimentación”: se trata de un tipo de agroecología que se preocupa de solucionar el hambre en los países con inseguridad alimentaria. Está constituida por la corriente política liderada por Olivier De Shutter, que propone la agroecología exclusivamente como una herramienta técnica paliativa; un claro ejemplo son los programas de FAO. Este tipo de políticas está pensado para fortalecer la clase media rural, y se identifica en lo específico con políticas estatales. Aquí la unidad de análisis es la familia, negando la racionalidad campesina y los movimientos sociales, y promoviendo la agricultura familiar.
- “Agroecología de los *commodities*” o economía verde: en esta corriente existe una separación neta entre productor y consumidor, y lo que se produce es mercancía. La unidad de análisis es el capital, negando los movimientos sociales, las personas y los sujetos políticos.
- “Agroecología profunda” o campesina: se basa en el saber ancestral y se considera como un esfuerzo civilizatorio de los pueblos, mediante las prácticas cotidianas y “lo propio” como resistencia. La unidad de análisis son los movimientos sociales y el objetivo es un proyecto cultural y político para la Autonomía Alimentaria y Territorial, que se cumple fuera del estado.

Las primeras dos agroecologías se basan en deshumanizar el sistema agroalimentario a través de categorías económicas cerradas: en ambas los individuos se describen como productores y consumidores (aunque en la segunda esto es más evidente) y ofrecen un paquete tecnológico (como hizo la revolución verde), donde se pone énfasis sobre los principios agroecológicos “universales” para un “ejercicio agroecológico científico” que reproduzca capital. En la

agroecología profunda, al contrario, se pretende humanizar el sistema agroalimentario, produciendo una “re-existencia” mediante resistencia y habitar con dignidad los espacios y territorios. Si en las primeras dos lo importante es la ganancia, aquí es la vida digna y el respeto de un pluriverso de *ethos* mediante un “ejercicio agroecológico cultural y político”, que amplíe la diversidad biocultural y la experiencia humana, dando vida a un “pluriverso de agroecologías”.

Breve reflexión final, a modo de conclusión

Si bien el perfil demográfico del contexto europeo y latinoamericano es distinto, las luchas procedentes de sectores rurales en Latinoamérica son una referencia paradigmática para los movimientos sociales, que lejos de representar al campesinado, sí hacen uso de lo que Ploeg (2010) llama “principio campesino”, principio en el que se basan multitud de iniciativas agroecológicas en la península ibérica. A través de la confluencia urbana y rural de resistencias, se establecen fórmulas que parten de la economía campesina, y que se insertan incluso en contextos urbanos, alcanzando grupos sociales que de otra manera quedarían fuera de estos movimientos agroecológicos.

Lo que presentamos aquí es que, si bien surgen iniciativas agroecológicas que empujan hacia un consumo consciente, local y justo, muchas de éstas se desarrollan en barrios privilegiados de las urbes, y que a pesar de representar una respuesta ante el sistema agroalimentario globalizado, ejercen como dispositivos de gentrificación. No obstante, cabe decir que esta problemática es respondida desde la articulación entre movimientos sociales urbanos y movimientos sociales rurales, que a través de esta confluencia de resistencias (Costanzo y Saralegui, 2016a) luchan contra la gentrificación por un lado, y el *agribusiness* por el otro, en otras palabras se oponen al sistema neoliberal. De este modo, se proponen nuevos modos de habitar la ciudad teniendo en cuenta la dependencia de los ritmos biofísicos del territorio, a la par que se demanda el derecho a la ciudad para todas las personas. Es por esta razón que es fundamental que las iniciativas agroecológicas no coincidan con productos que puedan ser consumidos solamente por nichos elitistas. ¿Cuál podría ser el camino para que tales iniciativas pudieran ser más accesibles?

Una aproximación para atajar la contradicción aquí planteada, es el poner en diálogo las sabidurías y estrategias de supervivencia local de cada barrio y cada territorio, con visiones comunitarias de las iniciativas agroecológicas. Con esta contribución no pretendemos dar soluciones o recetas, sino aportar a un debate crítico, promoviendo un pensamiento pluralista. Por lo tanto, para proponer un punto de vista que pueda servir mínimamente de respuesta a nuestra misma pregunta previa, para que las iniciativas agroecológicas sean accesibles y no gentrificantes creemos necesario:

- Tratar de incorporar personas que regularmente quedan excluidas de tales iniciativas, como por ejemplo colectivos de migrantes, personas con salario bajo o precario, personas mayores, mujeres sin disponibilidad económica propia.
- Articular las cadenas cortas de comercialización, de modo que los precios establecidos sean populares. Por ello difundir prácticas como: compra

colectiva, uso de sistemas participativos de garantía en lugar de la certificación ecológica, transporte de alimentos colectiva.

- Fomentar intercambios no monetarios, como las jornadas de trabajo colectivo, por ejemplo los “domingos verdes”: jornadas de apoyo en fincas agroecológicas, organizadas en algunos grupos de consumo en momentos de mayor trabajo. Se intercambia ayuda voluntaria por alimentos, compartiendo la jornada laboral, lo que implica una socialización y una colectivización de la producción.
- Gestionar los tiempos de vida: existe una incompatibilidad entre los tiempos que se requieren para sostener la vida, ya sea la de las propias personas o de las personas dependientes, y los tiempos necesarios para que las iniciativas agroecológicas se gesten. Es por ello necesario incorporar en el proceso aportaciones feministas, como la de los cuidados compartidos en las asambleas y en los espacios de debate, los “fondos de reserva”⁸, o los turnos de tareas de coordinación, que posibiliten distintos grados de implicación, siguiendo una lógica horizontal y de no acaparamiento.

Bajo nuestro punto de vista, estos elementos pueden dar vida a una “agroecología de saberes” (Barrera-Bassols, 2016), es decir a partir del concepto de diálogo horizontal entre conocimientos suprimidos por la norma epistemológica dominante (“Ecología de saberes”, Santos, 2014), construir nuevas narrativas para defender lo propio y repensar la comida y la vida que hay en ella.

⁸ Reservas monetarias destinadas a cubrir imprevistos en la iniciativa.

Nazioarteko Hizketaldia

ELIKADURAREN ETORKIZUNA ETA NEKAZARITZAREN ERRONKAK XXI. MENDERAKO:

Mundua nork, nola eta zer-nolako inplikazio sozial, ekonomiko eta ekologikorekin elikatuko duen izango da eztabaidagaia

2017ko apirilaren 24 / 26. Europa Biltzar Jauregia. Vitoria-Gasteiz. Araba. Euskal Herria. Europa.

International Colloquium

THE FUTURE OF FOOD AND CHALLENGES FOR AGRICULTURE IN THE 21st CENTURY:

Debates about who, how and with what social, economic and ecological implications we will feed the world.

April 24th - 26th. Europa Congress Palace. Vitoria Gasteiz. Álava. Basque Country/Europe

Coloquio Internacional

EL FUTURO DE LA ALIMENTACIÓN Y RETOS DE LA AGRICULTURA PARA EL SIGLO XXI:

Debates sobre quién, cómo y con qué implicaciones sociales, económicas y ecológicas alimentará el mundo.

24 / 26 de Abril, 2017. Palacio de Congresos Europa. Vitoria-Gasteiz. Álava. País Vasco. Europa.

GUNTZAILEAK/COLABORAN/COLLABORATING ORGANIZATIONS





LAGUNTZA EKONOMIKOA/APOYAN/WITH SUPPORT FROM

